

Detrás del mostacho

A un hombre de gran nariz

Érase un hombre a una nariz pegado,
Érase una nariz superlativa,
Érase una alquitara medio viva,
Érase un peje espada mal barbado;

Era un reloj de sol mal encarado.
Érase un elefante boca arriba,
Érase una nariz sayón y escriba,
Un Ovidio Nasón mal narigado.

Érase el espolón de una galera,
Érase una pirámide de Egipto,
Los doce tribus de narices era;



Érase
un naricísimo
infinito,
Frisón archinariz,
caratulera,
Sabañón garrafal morado y frito.

Francisco de Quevedo

=====

Expreso móvil

Una noche, después de un día caluroso, Antonio Di Benedetto resolvió que lo mejor era zambullirse en su maltrecha, enmohecida pero confortable bañera y chapotear un rato junto a los recuerdos de ese día agotador. Como le ocurría casi siempre, los dominios de la edad en él ya cumplían su propósito, no tardó en quedarse dormido. También como siempre, lo despertó de un susto el resbalón que lo hundió en el agua, lo que le provocaba un ataque de risa imparable que le duraba hasta luego de secarse, afeitarse y arroparse. Entonces arremetía, todavía con alguna que otra risilla rezagada que le saltaba desde la garganta, contra su máquina de escribir y empezaba a hacer lo que más le gustaba. Lo hacía así, en estado de gracia, con sus huesos electrocutados aún por la broma que se jugaba a sí mismo sin premeditación alguna y que le ayudaba a relajar los músculos y a ahuyentar a todas esas ideas que la realidad le suministraba “para el deterioro de su imaginación”, como argumentaría en una famosa entrevista en el café Tortoni de Buenos Aires. “Tenés que recordar que la realidad es un oponente diestro de la literatura. Pero si te

reís de ella, te aseguro que se vuelve tu gran aliada”.

Como al autor de *Zama*, cosa semejante le ocurría a Fernando del Paso, quien, para escribir *Palinuro de México* se preparaba a diario un taco con harto picante que le hiciera reír entre lagrimeos de su ocurrencia pero no sin antes disponer todo su ser a la escritura. Reía y lloraba para extraer de los recovecos más inhóspitos de su humanidad lo que había guardado ahí con la premisa de que solo saldría ante su desconocimiento. Era la risa la que expulsaba esos tesoros, la que lo ayudaba a regurgitarlos. Así pensó en el tío médico que tenía a su biblioteca en el baño, porque la relectura es de fisgones”, limpiando sus posaderas con las páginas leídas.

La risa constituye entonces un método. Así como quien se inspira en su musa privada, o en el paisaje adyacente o soñado, así como hay quien recuerda con fruición y empuño el rostro amado o aquel que apunta sus armas a un premio indicado, el humor puede también proporcionar datos y herramientas para la creación, y es entonces

cuando lo gestado adquiere, enigmáticamente, ciertas dotes de su herencia, algunos rasgos humorísticos que no siempre aparecerán en la superficie sino más bien en un trasfondo que es el que nos lleva a reír para dentro, para el regocijo de nuestro otro yo (a quien, según Freud, es el que engaña la literatura).

He ensayado, con diferente éxito, una literatura del humor. Los grandes héroes o antihéroes literarios son maravillosos humoristas. Lo es Hamlet y lo es el bueno de Alonso Quijano. Lo es Sherlock Holmes como lo es Philip Marlowe. Lo es el Padre Brown y el hilarante viajero de *Matadero Cinco* de Kurt Vonnegut. El héroe tiene la frente limpia de desidia y bagatelas y las palmas de las manos sucias de andar a gatas. El héroe está cómodo con su imaginación que le permite emplear el sarcasmo en una medida tan inferior que lo que percibimos es ironía, nada más ni nada menos. Y la iro-

nía es fruto de la astucia, de la malicia. Chesterton, quien de esto sabía mucho, aseguraba que lo único que se puede hacer luego de estar involucrado en un accidente de taxi, es tomar un taxi. Es la misma ironía que hace que Franz Kafka vea a un hombre que despierta convertido en un enorme insecto y a Philip Roth que vea a otro que, menos raramente, despierta convertido en un enorme pecho de mujer. Ese juego entre lo absurdo y lo natural nos

Ese juego
entre lo absurdo
y lo natural
nos lleva motivados
y con la boca entreabierta
por territorios alegres,
por donde deambulamos
como si estuviéramos
en nuestra propia casa
y en los que el humor
nos depara antes
que sobresaltos,
sorpresas gratas.

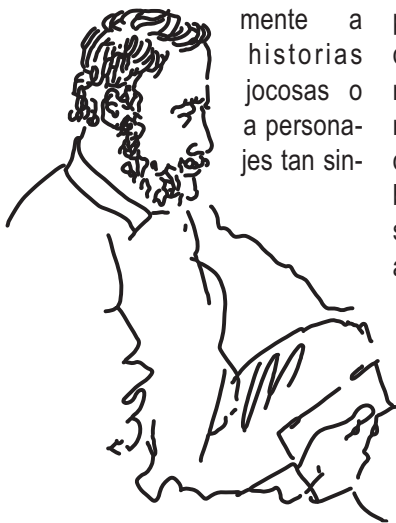
lleva motivados y con la boca entreabierta por territorios alegres, por donde deambulamos como si estuviéramos en nuestra propia casa y en los que el humor nos depara antes que sobresaltos, sorpresas gratas.

Hamlet, el príncipe de Dinamarca, finge haber enloquecido. Cuando le preguntan qué lees, responde "Palabras, palabras, palabras", y a partir de ese momento se sucede una serie de hechos que llevarán a un final cruento que todos presentimos

que llegará sin importarnos el saberlo. Lo que importa es cómo maneja su falsa locura, con cuánto ingenio teje una trampa para él y su tío el rey. Ese ingenio es humor destilado: para sonrojarse, plantea una obra de teatro sobre su delito, de la que no escapará nadie. No hay risas al final, ni llanto, pero la satisfacción de un humor que sobrevuela a la pieza teatral es balsámico y nos cura de lo patético.

Por otro lado, no son pocos los casos que se conocen en los cuales la literatura ha surgido gracias a la risa o el buen humor. No me

refiero únicamente a historias jocosas o a personajes tan sin-



gulares que parecen su propia caricatura y que causan que inevitablemente esbozemos una sonrisa pícaro de complicidad, como es el caso de Ignatius Reilly, de *La conjura de los necios*, o Martín Romaña, de *La vida exagerada de Martín Romaña*. Hablo aquí de obras que surgen necesariamente de una disposición por parte del autor hacia el humor. Me refiero al humor como generador de recursos estilísticos y estéticos.

La literatura es la generación de causas para olvidarnos de la muerte mientras la seducimos. El humor en la literatura es la estática que da su rugosidad a la trama, al paisaje le otorga otra textura, la que a las cosas, aún a las más inánimes, les otorga cualidades humanas y aún celestiales. No hay obra maestra que carezca de una buena dosis de humor, aunque sea la que el autor le ha otorgado a su personaje para burlarse mejor de este. Caballero Bonald lo dijo con acierto:

“La literatura sin humor es puro sermón”

Caballero Bonald

“la literatura sin humor es puro sermón”. Es decir, no es literatura.

Cabe puntualizar un poco en la literatura policial. Esta, en apariencia, se centra en un acontecimiento delictivo. La realidad es otra. La historia casi siempre se centra en un personaje, que no es héroe porque los héroes le parecen sobrevalorados y que por lo tanto se las ingenia para caer rodando por las escaleras y entrar en escena renco y limpiándose el polvo del saco antes de pedirse un whisky doble sin hielo que no sabe de qué forma milagrosa alcanzará a pagar. Los guardias y policías y los forenses al hallar a la víctima indagan en su humor vítreo (en el que, según cuenta la leyenda, queda impregnada la escena última que el ociso vio y que se reproduce por una única ocasión cuando una persona abre sus ojos, le preste o no atención). Luego, aparece el detective, el sabueso, aquel personaje que, despojado de prejuicios, se arma de frases cortas punzantes para abrir brechas en la piel más gruesa. Para mantener su lucidez en firme, le es fundamental haber cultivado el sentido del humor a niveles extremos. Para ello, el caso

de Sam Spade o el grandioso Philip Marlowe, nacidos de la afilada sagacidad de Raymond Chandler. La construcción de sus historias depende en alto grado de los diálogos y las escenas ridículas que coloca con elegancia en uno u otro sector de esa gran comedia que es la muerte. Están desperdigadas esas frases astutas y mordaces como pequeños indicios que habría de seguir el propio detective para develar el misterio que sobrecoge a toda una sociedad. En este sentido, el escritor de historias



policiales adquiere sensibilidad en el ojo. Sabe cuándo es el momento preciso para parpadear y cuándo para lagrimear. Captura con inteligencia hasta la más diminuta de las pistas que están en la punta del tacón de la chica de sus sueños y que la delatan a gritos.

Humor es sorpresa. Uno nunca espera que suceda algo, que alguien diga con exactitud una frase, que se llegue a un punto del cual no hay retorno posible y, sin embargo, es lo único que se espera. La sorpresa es un elemento estético, ya que la misma dosificación adecuada de la palabra nos conduce hacia una indagación de lo sorprendente, hacia el hecho de trasladar a la luz lo que ha estado en la oscuridad, esperando, matándose la risa de saberse buscado, tapándose la boca con las dos manos para que su propia risa no lo delate. Así, por ejemplo:

“Los cánticos marítimos nacen del dolor

”Sorprender a un marinero leyendo un libro es motivo suficiente para obligarlo a contraer sífilis”.

Para que la comida sea un placer, se debe cocinar y preparar los alimentos al detalle, hasta conseguir una amalgama entre las virtudes propias del alimento y el arte de exponerlas al paladar. De igual modo, la literatura es la exposición de los sonidos de forma que tanto el escritor cuanto el lector sientan en la boca y los labios el nervio y la exaltación verbal. Los humores, esos líquidos nuestros, son hervidos por las palabras y sus adecuadas dosificaciones hasta que el vapor, el aroma que desprenden nos atraigan y nos obligan a insuflarlos hasta la sorpresa que de pronto otorga.

En el sentido verbal, para emplear la distinción que realiza Orhan Pamuk entre escritor verbal y el de imagen (que, como bien alega, en contadas ocasiones aparece alguien que agrupa con entereza a las dos vertientes), los diccionarios humorísticos, hartos de sintaxis, consiguen éxitos rotundos en el campo del humor. Ahí están *Bouvard et Pécuchet*, esa maravillosa obra de Flaubert, en cuyo glosario en forma de diccionario se pueden encontrar definiciones como la que le da a “Neologismo: La pérdida de

la lengua francesa”, o la confusa “Ópera: Paraíso de Mahoma en la Tierra”. Risible es el caso de los *Barbarismos* de Andrés Neuman en el que, entre joyas, encontraremos su definición de “escritor”: “Individuo que fracasa en el intento de ser exclusivamente lector”. Los giros deben ser sutiles, vuelcos en la dirección del viento que nadie los ve venir.

Nadie como el escritor de humor para pensar en su público. Siente el palpito del corazón lector. Él se vuelve su primer lector. Ríe de su ocurrencia, pero no tarda en enseñarse a fruncir el ceño. A sonreír como lo hace Groucho, detrás de su mostacho. La verdad solo existe entre líneas, es la sombra de las palabras. El humor es sacar los destellos de belleza que hay en estas y retocarlos sin caer en vulgarismos.

Cuando leí *En busca del tiempo perdido* quedaba asombrado por el poder de Proust de darle a escenas trágicas su giro hacia la ironía. Las más terribles ideas circulaban por la mente distorsionada de los personajes y eran dosificados por una fuerza externa, por la acción

que las volvía casi risibles. Como el momento en que una mujer amada recibe el discurso por el que tanto soñó despierta y que es distraída por el vuelo serpenteante e hipnótico de una mosca y su deseo profundo de que caiga en el tazón de sopa humeante de su amado. Se trata de una breve distracción que hace que en cambio sintamos a la punta de nuestros pies que reclaman por mayor abrigo o que hemos olvidado cerrar la puerta de calle con cerrojo. Es decir, que cumple como objetivo el fusionar a la realidad con la ensoñación literaria. Y es que el mundo de afuera es tan risible como el de adentro, y poseen las mismas cualidades de inverosimilitud.

En *Bella del Señor*, Solal, seguro de no obtener los favores de su amada y casada con un pelafustán que trabaja para él, Ariane, se vampiriza y embellece al revés, pintándose a la altura del corazón un blanco y dejando al alcance de la mujer un revólver, en un arrebato romántico sin precedentes para morir por la mano deseada. La aparición de Solal es una transformación hacia lo inverosímil,

hacia su ridiculización, su deformación para no morir bello y ser un apoyo para que el lector sienta cariño hacia él.

James Ellroy: Un sujeto casi enano trota todos los días. Una mujer lo ve todos los días cuando se ejercita. Le cautiva sentirse en un circo. El mundo es un circo. Le atribuye nombres. Cada día piensa que ha acertado. Una mañana el enano no se presenta. La mujer conoce un largo trayecto de su ruta, al que puede recorrer en sentido contrario, pero no es suficiente para conducirla hasta su domicilio. Lo espera al día siguiente y no hay señal del hombre. Este la ve en una esquina, esperándolo, sin saber por quién preguntar, desde la ventana de su departamento de soltero. La tiene en sus redes, por lo menos por unos días. El rato menos pensado volverá a trotar y se asegurará de haberla conmovido y le contará una historia fantástica, como que su tamaño depende de si alguien piensa o no en él. Es decir que esos días sí trotó, pero ella no lo identificó. Otra vez se ausentará y la mujer lo esperará en todos los hombres, a quienes sonreirá mientras él come

una frituras y con sus prismáticos goza de su estrategia.

(Un dato: la literatura es entre las artes la que mejor nos revela el humor. Es difícil sentir lo mismo por una pieza musical o un cuadro o una escultura. No hablo de la risotada, sino del goce interno que aflora en el espectador una luz oscura siniestra y amplia que transforma al mismísimo entorno. No hay, que yo sepa, otra manifestación del humor semejante, a menos que se hable del mimo o el cine mudo, que al cabo nace de un libreto.)

El personaje de humor tiene como característica básica una inocencia algo maliciosa, como si se tratara de un niño grande, un niño que puede portar armas, votar, tener hijos, emprender las más descabelladas aventuras sin que se lo impidan sus mayores.

Más fabuloso aún que el personaje de humor es la historia de humor. Esta se ejemplifica con bastante nitidez en el microcuento. Básteme recordar a Monterroso, a Luisa Valenzuela o a Juan José Arreola. Los giros son decisivos en el in-

tento por causar el efecto de sorpresa, y esos giros son giros bucales. Hacen que nuestra boca paladee cada sílaba y eso nos tiene que conducir a trazar en nuestra boca, como desenlace, una sonrisa, que, en términos de Oscar Wilde, es la risa en su estado más puro. En la brevedad, en lo sintáctico se puede ver dibujada una sonrisa:

"Este tipo es una mina

"No sabemos si fue a causa de su corazón de oro, de su salud de hierro, de su temple de acero o de sus cabellos de plata. El hecho es que finalmente lo expropió el gobierno y lo está explotando. Como a todos nosotros".

Luisa Valenzuela



"La mariposa es una animal instantáneo inventado por los chinos".

Salvador Elizondo

"Teléfono

"¡Qué bonita estabas ayer noche por teléfono!"

Sacha Guitry

"Hoy Alemania le ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde fui a nadar".

Franz Kafka

"Perder a uno de los padres puede ser visto como una desgracia; perder a ambos puede ser un descuido".

Oscar Wilde

Y la lista es infinita. Y las formas de expresar un humor en cierta medida represado son de igual cantidad. Es que es bien sabido que los sabios no son curiosos. Se inventan lo que quieren ver y lo dicen de forma tal que se anula el chisme dando paso a la belleza de lo no dicho. Ahí está la gracia.

De este modo, hay algo que nos remonta, ineludiblemente, a una

puesta en escena. Pararse frente a un público desconocido. Jugarse el pellejo y el nombre. Adoptar una posición política y causar terror en el tirano porque las verdades van a ser dichas de modo que el mismo miedo desaparezca. Todo, merced a la risa. Y eso nos hace pensar en el juglar medioeval y en la parodia, en el juego con los caracteres del prójimo, de manera particular en el de los famosos. El consabido y contemporáneo stand up es una serie de trucos verbales, en que un ser humano se para frente a otros, sin necesidad de disfraz alguno, y merced a la virtud del verbo nos lleva hacia el fondo de nuestros estómagos, de donde extrae a tirabuzón nuestra risa más despiadada. Porque no hay que olvidar que el humor es malicioso. ¿Qué otra cosa es el Quijote sino una caricatura de un ser humano? No digo que un ser humano no se pueda convertir en una caricatura. Muchos lo seremos sin incluso darnos cuenta, quijotesamente. Entendámoslo desde la perspectiva cinematográficamente. Pensemos así en Groucho Marx y sus hermanos, en Chales Chaplin, en Cantinflas. Son seres humanos deformados con el fin de enterne-

cer y que sus actos subsiguientes se justifiquen por una sobredosis de inocencia que los caracterizará. Entonces el humor se convierte en una cualidad innata y temprana de los hombres y mujeres de este planeta, una marca de distinción. El stand up en muchos y selectos casos es literatura oral de la buena.

Asimismo, podemos presenciar una manía de tintes jocosos que rozan con la burla en novelas como *La vida extraordinaria de Martín Romaña*, de Alfredo Bryce Echenique, en la que se pinta a su protagonista como un eterno melancólico y solitario que se hunde en su sillón Voltaire para darse a la tarea de anotar en un cuadernito ciertas peripecias que presencié hasta que se da cuenta que está escribiendo una novela humorística, que su vida misma está llena de humor por doquier, y que el mundo es, como lo diría Shakespeare hace cuatrocientos años como si de cuatrocientos golpes se tratara: “El mundo es un cuento contado por un idiota”. “Me quedé sin mi habitual respuesta agilísimocriolla”, dice Martín Romaña, concretando en esta cita el summum

de lo que pretende el autor: respuestas naturales, coloquiales y juveniles, a los vericuetos planteados por la mera existencia. “A menudo mi vida era una antología”, “No escuchaba a Beethoven por temor a que se me hiciera trizas el alma”, “Siempre he sido terriblemente bienintencionado”, “Venderme es algo que está completamente fuera de mi alcance”, “No era una iglesia, pero me sentía ante ella como quien tiene que santi-guarse”. Y frases de esta laya son las que inundan de jocosidad la gran novela, y por cierto bastante olvidada, del escritor peruano.

Con algo similar urde John Kennedy Toole la excéntrica y mítica historia de Ignatius Reilly, aquel descontento que se empeña en escribir una inacabable denuncia contra todo el siglo. Lo hace así, ensañado contra el tiempo, seguro de que lo que estaba haciendo desde su “yo invencible” era ofrendar su buen gusto a la posteridad, “única verdadera destinataria de su decencia al resignarse a la tramitosa tarea de escribir”, lo que, en su caso, era un despilfarro para su capacidad de captación filosófica y teocrática del cosmos. Cada

fragmento de lo que le ocurre nos conduce a la seguridad de que terminará en un fracaso, un fracaso provocado por sí mismo, que an-tévé y anhela, aún en contra de sus propias ganas superficiales.

Estos ejemplos nos hablan de una arquitectura para brindar la sensación de humor que rebasa expectativas de sobresalto o sorpresa. En estos casos en específico, el humor se enseña de refilón, como quien no quiere la cosa, sobre una cuerda a quince metros sobre el piso. El arte está en cada paso que se da. El humor es lento, tambaleante, pero el malabarista entiende que parte del espectáculo es dar esa impresión de desequilibrio. Lo tiene todo calculado, sus pies están más acostumbrados a esa superficie que al suelo llano. No caerá, pero debe fingir hacerlo para que la gente se sorprenda de su habilidad. Su habilidad está en parecer que cae. Como la del actor de vocación, que cuando llora por afuera por dentro ríe.

El humor todo lo descompone, lo cuestiona y escudriña, por lo que los humoristas son personas detallistas, observadoras, y a esa

puede considerarse como definición de todo gran escritor. ¿No es observador y detallista Joseph Conrad, no lo es Henry James, no lo es John Banville? Como estos grandes escritores, que esconden en lo que dicen mucho más que una simple verdad, hay otros capaces de abarcar, señalándolo con el dedo, una interpretación cabal del entorno y del mundo.

Jorge Luis Borges empleaba al humor no solo en sus cuentos, lo hacía ex cátedra, en entrevistas, en prólogos, de una manera provocadora. Sabía que lo mejor para causar inquietud era avivar el ingenio de sus escuchas, y que no hay ni ha habido mecanismo tan eficaz como el humor para ello. La rimbombancia del sarcasmo o de la ironía vital dejaba en quienes compartía su teoría el eco que da el ego. Por ejemplo, cuando, frente al auditorio de Octavio Paz y ante él mismo expuso que el peor invento en la historia es la imprenta, “porque a partir de su creación, se han impreso barbaridades que antes de

esta jamás hubiesen sido permitidas”, o cuando, en su memorable prólogo a *El jardín de los senderos* que se bifurcan expuso su animadversión (falsa) a la novela al argüir que se trata de un “desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros” Él, que pasó más tiempo entre novelas, leyéndolas o traduciéndolas (que es una forma paralela de escribirlas), se refirió en tales términos a esas llanuras, a esos océanos, a esos cielos que son las novelas, en las que creía “como creo en el suelo que pisa mi bastón”. Tales juegos humorísticos eran una forma cabal de calar en el ánimo de su interlocutor y convencerlo de su tesis.

La comedia es, como hemos dicho, imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, dino que lo risible es parte de lo feo.

Para hablar de ilustrísimos de ludopatía exacerbada, es ineludible referirnos a Aristóteles, de quien en *El nombre de la rosa* se afirma que escribió en su Poética un capítulo, o todo un tomo extraviado sobre las cualidades de la risa, o de los humores: “La comedia es, como hemos dicho, imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, sino que lo risible es

parte de lo feo. Pues lo risible es un defecto y una fealdad que no causa dolor ni ruina; así, sin ir más lejos, la máscara cómica es algo feo y contrahecho sin dolor". A mí, esta teoría, me desternilla.

Una radiografía de las actitudes de todos los personajes trascendentales de la literatura universal nos inclinaría a sospechar de ellos que padecen una suerte de síntoma de la chifladura. Desde los más serios y notables, los íntegros y meditados, hasta los que emprenden misiones autoimpuestas descabelladas y a priori imposibles, estos seres flirtean con situaciones que en la vida real nos causarían gracia. Y si por A o B razones, el escritor prefiere que no sea este personaje el de las características risibles,



se lo da a las situaciones que le corresponde vivir. Cuando se esboza en la imaginación popular la estampa del ingenioso hidalgo manchego, se nos enseña a un hombre decrepito que además emplea utensilios absurdos para robustecer su figura enjuta y

deteriorada. Es una piltrafa que ante nosotros nunca pasaría desapercibida y capturaría, para bien o para mal, nuestra atención. Entonces la configuración está establecida y se puede explayar a sus anchas en el universo quijotesco que todavía don Miguel de Cervantes no sabía que impondría a la humanidad. Cuando se le agota ese recurso, echa mano de otra broma universal: hace que su gallardo caballero andante, junto a su obtuso escudero, salgan en busca de él mismo, de don Miguel de

Cervantes, lo que amplía nuestra expectativa del qué pasará ahora, ¿cómo logrará este titiritero no ser avistado por sus marionetas? Fácil, **resuelve Cervantes**, ellos me mane-

jarán a mí. Y esta es la gran broma. La que lo hace reír a cada instante, porque Cervantes entonces, como un niño que juega al escondite, debe camuflarse tras cada rincón, huir pero sin alejarse mucho de ellos, cosa que tampoco puede.

=====

Expreso móvil

De todo esto se desprende que el humor es por naturaleza tragicómico. Tragicómico es el Bufón de *El rey Lear*, tragicómico es Pirandello, tragicómicos son los cuentos de Quiroga (*La gallina degollada*) o de Palacio (*Un hombre muerto a pintapiés*). Es tragicómico Kafka y lo es el drama de Leopold Bloom: eso de sobrevivir a un día común es cosa de locos. Tragicómico es ese juguete del destino llamado Humbert Humbert. Tragicómico es que Paruso se declare culpable del homicidio que ejecutó y que nadie le crea. Tragicómico es despertar un día convertido en un insecto enorme y aborrecible igual a despertar convertido en un pecho de mujer gigantesco y aún más aborrecible.

El humor rompe fronteras. Abre senderos. Es una extraordinaria forma de presentación o preámbulo. Pero también de desarrollo. La gran literatura no evoluciona a sus personajes, solo los desarrolla. En algunos círculos se sugiere empezar los discursos con un chiste, para aligerar el espíritu de la congregación a la que uno se dirige. Y tal vez el

rato de nuestra muerte, lo mejor sea encararla con una sonrisa, no precisamente de satisfacción, adornando nuestro rostro. Según el teólogo Emanuel Swedenborg, con el ánimo con el que entremos al Más Allá será como se nos tratará. Es decir. Seremos tratados según lo que nosotros mismos demandemos. Para algunos de nosotros, el Más Allá es la literatura.

La sonrisa es eso: una lágrima metamorfoseada.

Coda:

- Ley número uno de literatura: No hablarás de ti mismo si quieres hablar de algo grande.
- Ley número dos: Al escribir debes saber que siempre te vas a encontrar contigo mismo.
- Ley número tres: Quien de verdad se ve a sí mismo, no para nunca de reír.
- Última ley de literatura: Si ríes, mejor sonrío.

* **Carlos Váscónez.** Escritor, nacido en Cuenca en 1977. Es autor de una extensa y variada producción literaria, en géneros como cuento, novela y ensayo.